

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Del libro ilustrado de Dios -
Jesús cuenta parábolas (parte 4)
(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



DÍA 1

LUCAS 14:1-16

¿¡Ven, Señor Jesús! ¡Se nuestro huésped!?

Jesús es invitado. El anfitrión es un fariseo en posición de liderazgo*. Él no lo invita sólo para su mesa. Sino que, junto con otros, quiere probar a Jesús y su doctrina. ¿Habrán esperado que Jesús se sienta honrado al compartir con este grupo elogiado? (comp. v.7; Jn. 5:44.)

Jesús acepta la oferta de sus críticos – y los sorprende con los siguientes temas:

- Él cuestiona su actitud respecto al mandamiento del día de reposo (Lc. 14:3-6). ¿Quién quiere determinar el hecho de salvar la vida o sanar de una enfermedad como una labor no permitida? (Comp. Mt. 12:11,12.)

- Él advierte acerca del afán de conseguir honra (Lc. 14:11). “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (Stg. 4:6b).

- Él pone el dedo en la llaga respecto a motivos egoístas por los que hacen buenas obras (Lc. 14:12-14). En otro lugar Jesús explica: “haced bien, y prestad, no esperando de ello nada, y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo” (Lc. 6:35b; comp. Mt. 6:3,4).

Al final cuenta la parábola del gran banquete. El anfitrión en este caso, es “un hombre”. Esto es una sencilla descripción de Dios mismo, quien nos busca y nos “corteja”. Paso a paso, los oyentes atentos se darán cuenta, que el asiento para el huésped no es el lugar correspondiente para Jesús, no le dan el lugar de honra.

Si consideran a Jesús como una simple visita, que en un momento se lo estima por ser útil, pero en otro momento no es deseado y molesta, una visita que se invita, se juzga y al fin se la despide, - entonces no han entendido a quién habían invitado a su casa. Jesús es el Hijo de Dios. Él es el Señor. El rol que le corresponde es en verdad, el del anfitrión. Él invita: “venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt. 11:28; comp. Mt. 14:19,20; Jn. 7:37; 6:51). ¡Qué honor!

*“Un gobernante de los fariseos“ significa un líder o miembro del gremio de liderazgo de una sinagoga o un miembro del consejo supremo.



DÍA 2

LUCAS 14:16,17

Invitado - ¡Todo está preparado!

El siervo informa a los invitados. Se ve que se trata de personas que habían recibido y aceptado ya una primera invitación. Ahora se les pide pasar a la mesa a cada uno, según la costumbre del oriente, inmediatamente antes del comienzo de la fiesta.

Nadie se puede invitar a sí mismo para con Dios. El pecado nos separa de nuestro Creador. Pero ahora el eterno Dios nos da la bienvenida en Su Hijo. ¡Todo está preparado! Este es el mayor mensaje de gozo para todo el mundo:

- Porque no podemos ver a Dios, Él se revela a nosotros en Su Hijo (Jn. 14:9).
- Porque no podemos llegar a Dios, Él viene a nosotros en Jesús: pequeño, pobre, humilde y está muy cerca (He. 2:14-18).
- Porque nosotros no podemos quitarnos el pecado de encima, Jesús lo lleva sobre sí y paga el precio exigido en la cruz (2.Co. 5:19,21).
- Porque nosotros no podemos consolarnos en medio de la aflicción en este mundo, Dios nos consuela, como sólo Él lo puede hacer (2.Co. 1:3,4).
- Porque nosotros no podemos guardar la paz y no podemos amar y vivir como Él, Él nos da el poder transformador de Su Espíritu (Gá. 5:22-25).
- Porque nosotros no podemos saciar nuestro anhelo por el sentido de la vida, Él nos otorga dones y tareas, que tienen importancia más allá de este tiempo (Col. 3:23,24).
- Porque nosotros somos hijos de la muerte, Él nos otorga la vida eterna (1.Ts. 5:9,10).

Los invitados en la casa del fariseo, no pueden entender completamente todas estas verdades. Sin embargo, los oyentes se dan cuenta que se trata de la comunión de “la mesa” con Dios. Jesús cuenta la parábola como respuesta a la “bienaventuranza” en Lc. 14:15, que se refiere al reino de Dios (comp. Is. 25:6; Lc. 13:29).

La invitación está “en pie“. ¿Quién vendrá?



DÍA 3

LUCAS 14:18-21,24

Rechazado - ¡te ruego que me excuses!

Uno tras otro explica, porqué después de su primera respuesta afirmativa, no le es posible ir a la fiesta. Las razones parecen ser poco convincentes.

¿Quién prueba su propiedad comprada recién después de la compra realizada? Y la boda, ¡seguramente hace tiempo ya estaba planeada!

Jesús menciona al considerar estos ejemplos, dos áreas de la vida, que ocupan mucho de nuestro tiempo: el trabajo y la vida privada en matrimonio y familia. Naturalmente no quiere decir: “vosotros no debéis casaros por amor del reino de Dios, tampoco debéis formar una familia, ni ocuparos en negocios. De este modo Jesús sería malentendido. Justamente, de Dios el Creador, viene toda la riqueza de la vida ... Pero Dios no quiere que todo esto nos fascine y absorba tanto, que perdamos por eso, la relación con Él, la fuente de toda la vida” (A. Köberle).

Pero justo esto se demuestra aquí. El tercero no se excusa ni pide disculpa. El anfitrión tiene que darse cuenta que los convidados no se interesan por su invitación. Su banquete generosamente preparado y la comunión con él, no les importa nada. Acerca de esto, el señor no solo está decepcionado o triste. Él se enoja mucho. De esto no nos gusta hablar. La ira de Dios nos parece que pertenece al Antiguo Testamento; según nuestra opinión al Nuevo Testamento pertenece el mensaje del amor. Pero esto no es correcto. Muchas veces encontramos el impresionante amor de Dios en el Antiguo Testamento (lea Dt. 33:3; Is. 63:9b; Jer. 31:3; Mal. 1:2).

Por el otro lado en el Nuevo Testamento se habla muy seriamente de la ira de Dios (lea Jn. 3:36; Ro. 1:18; 2:3,8; Ef. 5:6). Esta ira de Dios no es un desliz emocional, sino una consecuencia santa.

En nuestra parábola vemos que los que rechazaron la invitación, consiguen lo que quieren: para ellos no hay fiesta.

Pero, por eso ¡la fiesta no se suspende!



Día 4

LUCAS 14:21-23

¡Aún hay lugar!

Entonces el padre de familia extiende su ofrecimiento a todos los hombres, a aquellos que no pueden impresionar, ni económicamente, ni por su poder físico. En el mejor de los casos, los ricos y los que obedecían fielmente la ley, reconocían en ellos, personas necesitadas que les ofrecían la posibilidad de hacer una buena obra por dar limosnas. Estos pobres y enfermos no hubieran tenido lugar en su lista de huéspedes.

Pero el eterno Dios los invita; también a aquellos que están en los caminos y vallados. Para los oyentes esta ilustración es bien comprensible. Ellos se dan cuenta, que con la *cena*, Jesús se refiere al reino de Dios, “con *los primeros invitados* a los líderes religiosos, con los *pobres* y otros a los grupos religiosos más lejanos de Israel y con los *caminos y vallados* a los paganos” (G. Maier).

Esta clasificación en relación con el curso de la parábola, nos puede dar la impresión que los invitados al final fueran huéspedes de segunda categoría. El padre de familia los involucra en su plan solamente porque los otros se resistieron. ¿Acaso a los ojos de Dios soy sólo un “reemplazo”, porque otro se ha resistido? Este pensamiento se debilita rápidamente, cuando vemos la invitación de Dios en el contexto bíblico. Ya en el Antiguo Testamento se ve el deseo y plan de Dios, de que su pueblo escogido fuera un testimonio para los gentiles. Ellos también debían reconocer Su poder (lea Sal. 72:11,17; Is. 60:3). También para los paganos Él quiere ser el Salvador.

Los samaritanos, que habían escuchado de Jesús por aquella mujer del pozo de Jacob, testifican: “Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo” (Jn. 4:42; lea Lc. 2:29-32; 1.Jn. 4:14).

La mesa de Dios es suficientemente grande para todos los que aceptan su invitación. Aún hay lugares desocupados. Yo puedo ir y llevar también a otros.



Día 5

Marcos 4:26-29

La siembra crece – sin nuestra intervención

El ciclo de siembra y cosecha que se repite constantemente, es una imagen familiar para todos los oyentes. Jesús se refiere a esto en varias parábolas con énfasis variados (comp. Mt. 13:1-9,24-32).

En éste caso se nota la independencia de la siembra con respecto al sembrador. La siembra se desarrolla y crece, mientras que el campesino duerme o sigue haciendo sus actividades normales. La tierra hace crecer y madurar el fruto de sí misma.

Naturalmente Jesús conoce las muchas tareas del campesino. El suelo tiene que ser preparado con mucho esfuerzo y paso a paso. Sin hacer nada, la semilla no llega al suelo. Pero este aspecto no se considera aquí en primer lugar.

Es el milagro de la creación de Dios, que la tierra hace brotar el fruto. “Dijo Dios: “produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así” (Gn. 1:11).

Es la palabra creativa de Dios, que realiza lo que le agrada y hace prosperar aquello, para lo cual fue enviada (lea Is. 55:10,11). Este suceso, queda encubierto para la vista del hombre.

Cómo sembrador de las palabras de Dios, Jesús sabe de su efecto poderoso. Dios edifica Su reino. Este crece. Nadie lo puede evitar. Este es un gran consuelo para nosotros los “pequeños distribuidores de los granos”. “Hay varias cosas que un cristiano puede y debe hacer, pero hay mucho, que nunca podrá realizar” (N. Lightfoot). Sólo Dios se ocupa por el efecto de Su Palabra. Él vela acerca de ella.

Matthias Claudius (1740-1815, poeta y periodista) dice en una canción: “Nosotros aramos y sembramos la semilla en la tierra, pero el crecimiento y la maduración está en las manos del cielo: este se abre encubierto y suave y hace llover para que crezca y madure, mientras estemos en casa”.

La siembra crece: sin nosotros – pero ¡con gran poder escondido!



Día 6

Marcos 4:26-29; 1.Tesalonicenses 5:1,2,9,10

La siembra crece – sin apuro

Hay momentos cuando deseamos una intervención de Dios como señal enorme de su presencia. Pensamos: *ahora* sería la oportunidad de convencer a una persona y ganarla para el reino de Dios.

Hay tiempos, cuando deseamos un crecimiento mayor de la vida espiritual – para la iglesia, para una persona que hace mucho acompañamos en oración, o para nosotros mismos. Pensamos: ahora sería el momento que se termine la lucha y los esfuerzos y que se vean los logros.

Sin embargo, el plan de Dios de los tiempos se escapa de nuestra estimación. No tenemos una visión completa y por eso muchas veces, no tenemos paciencia. A veces nos falta la confianza y no tenemos tiempo. Con Jesús, el Hijo de Dios, la cosa es muy diferente. “Mientras que Él en su pequeño rincón provincial entre Nazaret y Belén es obediente, se deja involucrar en el gran mosaico, cuyo maestro es Dios. Para esto tiene tiempo” (H. Thielicke).

Para los seguidores de Jesús, muchas veces no es fácil ver poco fruto, a pesar de intensa siembra. Esa aparente demora en el proceso de maduración, se relaciona con necesarias facetas de crecimiento. El campesino sabe que, de la hierba verde no se puede trillar para sacar los granos. Es bueno que Dios no exija algo que no se ha podido desarrollar. Él invierte mucha paciencia porque quiere ganar aún, a muchos para su reino (lea 2.P. 3:9).

Pero el tiempo de la maduración completa, llega. Entonces viene la cosecha.

Por un lado, en la Biblia la cosecha es una figura del juicio de Dios. Se aclara quién es parte del fruto y quién pertenece a la mala hierba (comp. Jer. 51:33; Mt. 13:37-43). Al mismo tiempo, la cosecha también es una figura del gran gozo y júbilo de fiesta (Is. 9:3). La paciencia y la fidelidad valen la pena (lea 2.Ts. 3:5; Mt. 25:21).

La siembra crece: sin apuro – pero con gran fiabilidad hasta la finalización.



Día 7

Mateo 18:23-34

Los hechos

Esta parábola describe una historia cómo de película. A un mayordomo se le llama a rendir cuentas. Con esto está programada la catástrofe, pues él está endeudado enormemente. Y a toda su familia le espera una vida de esclavitud, sin esperanza de algún cambio.

Vemos conmocionados la confrontación y sentimos lástima por el hombre desesperado, que suplica un plazo. Completamente inesperado, el administrador es absuelto y ¡recibe una cancelación completa de la deuda! ¡Este es un final feliz, tal como uno lo desea! ¿Pero no es demasiado fabuloso? ¿Existe realmente un gobernante tan generoso?

Pero la historia no termina ahí. El administrador encuentra a uno de sus colegas, quien le debe una pequeña suma. Brutalmente él exige que le pague toda esta deuda. A pesar del pedido de tiempo, responde con el castigo de cárcel. Nuestra simpatía por este mayordomo baja a punto cero. Ahora el hecho cambia a ser un drama. El rey que fue informado, entrega al hombre insensible a los verdugos y exige el pago de toda la deuda. ¿Es posible que un rey tan generoso pueda cambiar de una manera tan radical? ¡Qué final terrible! ¡¿Por suerte, sólo en una historia?!

Observemos la parábola en su contexto. Jesús no la cuenta para entretener a sus oyentes. Ella es la respuesta a la pregunta problemática: “¿Cuántas veces debo perdonar a mi hermano que peca contra mí?” (Lea Mt. 18:21,22.) ¿No se podría considerar “tres veces” como una prueba de esfuerzo real, que sería asequible desde el punto de vista humano?

Pedro, como seguidor de Jesús, propone un número más alto, pensando que siete veces es un ofrecimiento más que generoso.

Pero con esto, también él calcula y cuenta.

Jesús deja muy claro cuando calculamos y contamos las ofensas del otro, definitivamente nos equivocamos. (Lea Lv. 19:17a,18; Sal. 133; Mt. 7:3.)



Día 8

Mateo 18:23-27; 1.Juan 4:9,10

Los protagonistas

Observemos primero al mayordomo, que tiene que rendir cuentas al rey y se declara insolvente. Él nos representa a cada uno de nosotros. Ante el Rey de reyes no podemos presentar nada. Nuestro balance muestra los números en rojo. La parábola nos pregunta: “¿estás consciente de cuán alta es tu deuda delante de Dios?”

10000 talentos de plata* es una suma que sobrepasa toda imaginación. Los anuales ingresos fiscales de Antipas, Arquelao y Felipe, los hijos de Herodes el Grande, sumaban 900 talentos en total.

El pedido “ten paciencia conmigo” es una propuesta completamente desacertada. ¡Nunca y bajo ninguna circunstancia podrá pagar el involucrado su culpa! Este es el abismo que se abre entre el rey y el mayordomo, lo que describe nuestra situación (comp. Sal. 130:3; Jn. 8:7; 1.Jn. 1:8).

Si el rey quiere tratar amablemente con el deudor, entonces una cierta disposición no ayudará. Sólo una completa absolución puede salvar de esta situación desesperada. Esto es lo que experimentamos con el rey de la parábola. Probablemente, no haya un gobernante tan generoso en la tierra, pero, ¡así es Dios, nuestro Rey celestial! “Él volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados” (Mi. 7:19; comp. Sal. 103:3,10; Mt. 1:21).

Podríamos pensar precipitadamente, que un rey muy rico no tendrá problemas de ser generoso y desprendido. Pero la parábola nos pone otra pregunta por delante: “¿estás consciente de cuánto le ha costado a Dios Su misericordia?”

La respuesta no se desprende de la historia, sino por “mirar entre bastidores”, “detrás del telón”. El amor de Dios hacia nosotros le ha costado la vida de Su Hijo Jesucristo (lea Mt. 20:28; 26:26-28; Jn. 1:29).

*El talento o el quintal tenía un peso de alrededor de 33,5 – 36,6 kg. La suma correspondiente se calculaba según el valor mercantil del metal noble.



Día 9

Mateo 18:28-30; Romanos 12:17-19

El punto culminante

Después de esta gran descarga, en camino a una libertad regalada nuevamente, el que había recibido tal regalo, encuentra a un hombre que pide prórroga para pagar su deuda. Este emplea las mismas palabras, que él mismo había expresado postrado delante del rey. Su pedido por demora en este caso, es una propuesta realista.

Una moneda de plata o denario, era el jornal de un obrero. Entonces, la suma de cien denarios, es posible de conseguir. La comparación de las dos deudas es muy significativa: más o menos 10000 monedas de plata corresponden a un talento. Los 100 monedas de plata son entonces, la millonésima parte de su propia deuda, de la que el mayordomo hacía muy poco había sido librado.

La historia llegó a su punto culminante. El oyente se pregunta: ¿cómo reacciona ahora el hombre que ha experimentado tanta misericordia, frente al aquel que también le debe? ¿Acaso la bondad de Dios moverá su corazón, para actuar también con bondad?

Sin embargo, con mucha tristeza vemos que él actúa según el derecho y la ley – sin misericordia. Recordemos: ¡este mayordomo nos representa a nosotros!

“Jesús nos hace ver que estamos en un terrible contraste con Dios, respecto a nuestra sed de venganza. Nosotros vivimos por el perdón de Dios, y lo necesitamos en una medida que no puede compararse con lo que nos debemos unos a otros; sin embargo siempre lo encontramos con Dios, tan pronto como se lo pedimos.

Pero toda violación de nuestro honor o nuestra ventaja, nos produce una rabia que no puede justificarse, y no quiere saber nada del perdón, sino que clama por la justicia y el juicio como por cosas absolutamente necesarias” (A. Schlatter).

¿Estamos dispuestos a que se cuestionen nuestro juicio y nuestros pensamientos? Pablo escribe: “el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la paciencia de Cristo” (2.Ts. 3:5; comp. 1.P. 1:22,23).

DÍA 10

Mateo 18:21,22,31-35

El final

Jesús no responde a la pregunta de Pedro con una historia alentadora, que muestre el resultado positivo del reiterado perdón, ya que podría ser que un buen ejemplo aliente para hacer lo mismo.

En lugar de esto, Jesús cuenta una parábola con un escandaloso final. ¡Tan serio es el tema del perdón! Se trata de mucho más que copiar una actitud correcta. ¿Estamos conscientes de lo que pedimos regularmente en el “Padre nuestro”? (Lea Mt. 6:12.) Jesús realza: “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; más, si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mt. 6:14,15).

Solo por gracia podemos ser salvos, pero la ponemos en juego, si nos rehusamos compartirla con otros. “Quien no se vuelve misericordioso por la misericordia de Dios y aprende a perdonar a través del perdón de Dios, la ha perdido” (A. Schlatter).

¿Por qué termina la parábola en esta dura agudización? ¿Acaso Dios no exige demasiado de nosotros, si debemos perdonar setenta veces siete, quiere decir, sin límite?

Reflexionemos:

- el que cuenta, tiene en vista aún la culpa anterior, la puede enumerar, le da lugar en sus pensamientos y sentimientos. Pero Dios dice: “nunca más me acordaré de sus pecados” (He. 8:12b).

- El que mira al culpable por encima del hombro, se olvida, que él mismo sólo puede vivir liberado por la misericordia de Dios. La palabra de Dios dice: “¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido?” (1.Co. 4:7a).

- El que rehúsa perdonar, se toma el derecho de valorar la culpa de otro, como indigna de ser perdonada. Él se toma el rol de juez, que sólo le pertenece a Dios. Jesús dice: “No juzguéis, para que no seáis juzgados” (Mt. 7:1; comp. Hch. 10:42,43; Ro. 14:10-13).

Día 11

Mateo 18:21,22,35

Un cambio de escena

En cierto modo, la valiente y sincera pregunta de Pedro es consoladora. Los discípulos que vivían y caminaban muy cerca de Jesús, también se ofendían unos a otros. También ellos tenían la impresión que, dentro de su convivencia, debería haber un límite al dolor. Nosotros no estamos solos con nuestra experiencia.

Pero, ¿qué podemos hacer si, al haber entendido la respuesta y la demanda de Dios, vemos al mismo tiempo nuestra incapacidad de poder actuar de forma correspondiente? Quizás nos han lastimado las palabras de otros demasiado, o vemos muy claramente la culpa de otros, que nos han educado y formado.

Debemos hacer un cambio de escena. La parábola muestra su significado, en que nos hace ver las normas de Dios. Nuestro Señor sabe muy bien, que nosotros necesitamos Su ayuda, para poder vivir cómo corresponde a Él. En otro tiempo, Jesús utiliza el ejemplo de una viña y explica a sus discípulos: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Jn. 15:5).

Yo puedo pedir a Jesús que me muestre, cuánto necesito Su perdón. Puedo hablar con Él acerca de la culpa del otro y pedirle, que Él me ayude a soltarla y a querer perdonarla. Puedo pedirle que cure mis heridas y que me guarde de lastimar a otros. No se trata de que yo tenga que producir la voluntad de perdonar de mí mismo. Se trata del vital poder que fluye entre la vid y los pámpanos, que surge de la viva relación entre Jesús y yo. Jesús no sobre exige. Él sabe también en cuáles situaciones se necesita aún tiempo, antes de dar pasos hacia el perdón.

El Espíritu Santo nos otorga el fruto del amor, paciencia y bondad, lo que no tenemos en nosotros mismos (lea Gá. 5:22,23; comp. Ro. 5:6; 15:13).



Día 12

Mateo 18: 28-33; Salmo 97:10-12

Un papel secundario

Dios me perdona y quiere que yo también perdone. Para esto, Él mismo otorga el poder necesario. Pero, ¿acaso no me quedo con las ganas? ¿Acaso el otro puede hacer conmigo lo que quiere, ya que yo tengo que perdonarlo?

Una respuesta se nos permite, si observamos el papel secundario de nuestra parábola, el *consiervo* del mayordomo. Él tiene que ir con su pequeña culpa a la cárcel. Su encarcelamiento era legal, ante la ley vigente en aquel tiempo. En el caso de las deudas monetarias, el deudor podía ser puesto bajo custodia, hasta que la cantidad fuera pagada por alguien, y la persona en cuestión fuera liberada.

Pero a los ojos de Dios, se le está haciendo agravio. Esto tiene consecuencias drásticas para el despiadado. Dios vela por todos los que le pertenecen y le sirven. “Porque Jehová ama la rectitud, y no desampara a sus santos. Para siempre serán guardados” (Sal. 37:28; lea Sal. 59:16,17). El que ataca a sus hijos, tendrá que sufrir las consecuencias. Estando del lado del rey, ¿no nos quedamos con las ganas!

“Perdonar siempre” no significa tener que aguantar todo, de todos. Es necesario discutir y aclarar los tantos; a veces hay que establecer límites dolorosos. El perdón no es, ni una carta blanca para la falta continua, ni un regalo de ventaja para nuestra contraparte. El perdón nos alivia profundamente a nosotros mismos. Alguien lo dijo así: “el que perdona se libera de la pesadilla de otro y da dignidad a su vida”.

¿Qué liberación significa cuando nuestra vida no tiene que seguir el patrón: “como tú me haces a mí, yo te hago a ti”, sino que puede ser un eco de la misericordia de Dios: “como Dios me hace a mí, yo te hago a ti”!

Podemos orar con las palabras del poeta: “El amor, el gozo y la fidelidad de fe se renueve cada día en nosotros; la bondad, amabilidad y paciencia cubre siempre la culpa del prójimo. Mira Señor, queremos caminar de acuerdo a tu Espíritu Santo” (de una canción de Edmond Louis Budry).